

Rodrigo Arenas Betancourt: El sueño de la libertad, pasos de una vida en la muerte

PRIMERA PARTE*

MARIA CRISTINA LAVERDE TOSCANO**

Durante largas horas tuve el privilegio de conversar con el Maestro Rodrigo Arenas Betancourt. Una semana antes del insólito secuestro me recibió en el lugar donde, desde hace algún tiempo, se trasladó con la familia, las herramientas, los materiales, los libros, esculturas y pinturas que siempre lo acompañan: su casa-taller y proyecto inmediato de Museo, ubicada en la localidad de Caldas. Hermosos jardines rodean la vieja casona. En ellos, gran parte de sus Amantes se han apropiado de la naturaleza: troncos, árboles y flores se amalgaman y penetran estas esculturas, canto al amor en sus formas pero elaboradas, al decir del Maestro, más por el lado del Tánatos que del Eros.

Dos días y parte de sus noches, fueron el escenario de hondas reflexiones sobre el pasado, el presente y el futuro del arte; la génesis y el incierto mañana de Colombia; la riqueza mestiza de la cultura latinoamericana; la vida y la muerte palpitantes en su obra; la mujer y el amor como lo que más duele, el Uvital, el seminario, Cristo y México. . .

* Esta entrevista se ha dividido en tres partes, la primera de las cuales hoy presentamos. Las siguientes, aparecerán en los números 31 y 32 de nuestra publicación institucional "Hojas Universitarias".

** Socióloga, directora del Departamento de Investigación de la Universidad Central, ensayista, investigadora social.

Rodrigo Arenas Betancourt habla olvidándose del tiempo. Cada frase que pronuncia es nueva porque, además de su apabullante inteligencia, de su calidad de infatigable lector y su insaciable sed de conocimientos, es dueño de 68 años vividos con la más plena intensidad. “Hasta hace unos años —me decía— mi vida era un proyecto. Hoy, es ya una experiencia. . .”

Sencillo, cálido y elemental como su origen y su figura profética. Antes de responder cada pregunta, piensa, mira y escudriña con la mirada aguda y profunda de quien jamás se conforma en la apariencia. El llega a la entraña de cuanto le circunda. Acaricia su barba bíblica y su plateado cabello recogido, los cuales, según aducía en medio de risas socarronas, “son expresiones del deseo y la añoranza por la bohemia decimonona”.

En la iniciativa y en el proceso de esta entrevista alguien ha estado presente orientando el encuentro con el alma del Maestro: el doctor Otto Morales Benítez a quien debo agradecer su apoyo de todo momento. El conoce como nadie a Rodrigo Arenas Betancourt con quien lo hermana no solo el haber compartido desde la juventud grandes ideales, sino su fe y su profundo conocimiento de la cultura mestiza latinoamericana. Su vida y sus escritos han luchado, también, por hacer realidad el mestizaje.

Trabajar esta entrevista-historia-testimonio-premonición, no fue fácil. No sólo por la amplitud y diversidad de temas que ella involucra, sino por el dolor que invade ante esta nueva ignominia para Colombia, hoy, en la figura de uno de los más grandes exponentes de la plástica latinoamericana. ¿Dónde están los límites de esta insaciable violencia?. No hay respuesta. Un silencio avasallador entristece, aun más, nuestros socavados espíritus. En ocasiones, sentimos que hasta la esperanza se extingue y se nos enturbia el alma, porque, con frecuencia, es lo único que nos mantiene vivos.

Sin lugar a dudas, la vida del Maestro Arenas Betancour pertenece a esa parte de la humanidad que ha crecido y madurado en la explotación. La miseria de su infancia y de su errancia manifiestan “la miseria de las manos con hambre”. El mundo de la carencia absoluta. La constitución espiritual de este gran artista, ha permitido expresar con maestría el origen de una cultura triétnica en la cual se entrelazan razas, religiones y diversas concepciones de la vida y de la muerte. Sus obras, lo ha dicho de mil maneras, no son interpretaciones históricas sino locuras poéticas que anhelan hacer realidad el mestizaje. . .

Retornó a la montaña “en busca de su alma, de su espíritu y de su primera condición salvaje”. Antioqueño como el que más, establece rotundas diferencias entre “su raza” y la del resto de los mortales. Ama entrañablemente a su pueblo, porque él *es* el pueblo mismo. En Rodrigo Arenas Betancourt convergen los mitos, la magia, los valores y todo lo que conforma la cultura campesina “paisa”. El tema de la muerte, le ronda y obsesiona desde los primeros años. La imagen de Cristo, en la misma forma, pero como la representación “del gran sacrificado”. El juego de la vida y la muerte lo acompañan perennemente. . . Las premociones de la abuela, los presagios del condenado se anidaron en él, señalando el paso o la presencia de la muerte.



LA FAUNA Y LA FLORA. 1941
Yeso

Es preciso conocer al Maestro para entender lo sucedido el dieciocho de octubre pasado. Sólo así nos explicamos las circunstancias que rodearon el día del secuestro. Todo, absolutamente todo, fue rotundamente diferente. Su costumbre es levantarse con el sol y ese día no despertó hasta las doce; su reloj se detuvo en las nueve horas, frente a lo cual comentó: “¡Qué extraño. Se me detuvo el tiempo!”. Justo a las nueve de la noche, partió solo hacia el secuestro. Una serpiente venenosa fue encontrada ese día en el baño de

su casa. Jamás viajaba en domingo hacia Fredonia y ese domingo lo hicieron en la tarde. Era presa de un profundo desasosiego, me contaba María Helena, su esposa. Usualmente come poco, y ese día lo hizo con asombrosa avidez. Como lo que más le gusta "es el aguardiente y ese enredo del amor", se detuvieron a tomar unos tragos y pronto quiso marcharse, contrario a lo que solía suceder. . . Todos fueron presagios del mal, de la muerte y Rodrigo Arenas Betancourt lo comprendió. Se lo llevaron y con él sus manuscritos de *Los pasos del condenado* que siempre carga consigo en su pequeño bolso de cuero. Se lo llevaron con la angustia de quien, desde niño, ha vivido en las honduras de la muerte, en el dolor de la errancia. . .

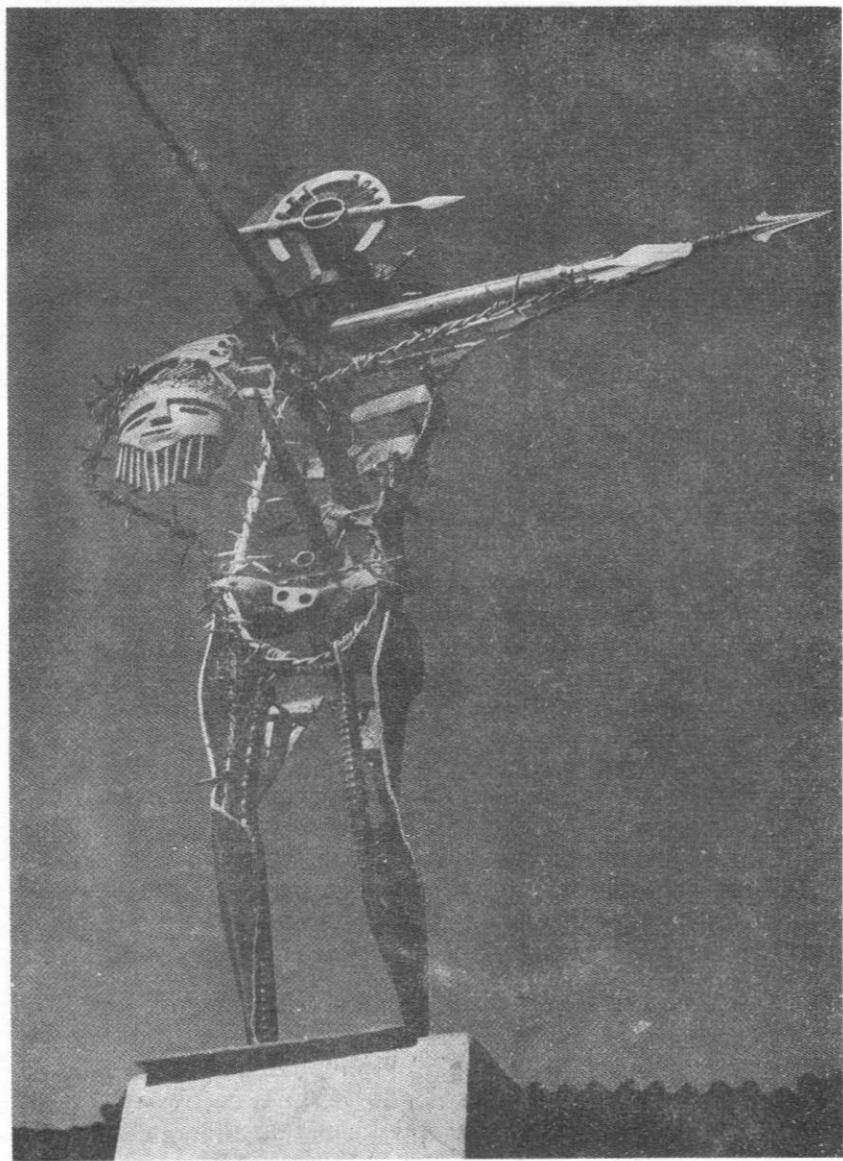
Hoy, el pueblo mestizo vivo en sus monumentales esculturas, el país en pleno, el arte latinoamericano, la voz universal de la libertad, claman por su liberación. En él, no cabe el Prometeo encadenado. El es, por sobre todo, un símbolo de libertad. . .

Los amigos y la generación de la violencia

MCL: Maestro empezamos hablando de la generación a la cual usted pertenece. De ella hacen parte quienes, desde una u otra perspectiva, representan hoy la dirigencia del país: en la política, en la literatura, en la plástica y desde diversas concepciones. A su juicio, cuáles son las características de esa "generación del medio siglo", como usualmente se le conoce?

RAB: Mira: pienso que, frente a esta pregunta, son diversos los aspectos que habría que analizar. Por muchas razones, siento que fuimos y somos una generación afortunada en tanto lo cruento y lo bello de la vida nos formó a todos. Te voy a explicar por qué, refiriéndome, específicamente, a un notable grupo de intelectuales, reunidos en Antioquia en los albores de la década del 40.

Nos unían seres o personajes que, sin encontrarse entre nosotros, estaban siempre presentes. Neruda, por ejemplo. Por afección o por desafección, tenían un lugar propio en el alma individual de cada quien y en las reuniones donde, después de tres cervezas o dos aguardientes, todos recitábamos poemas de diferentes autores. Rainer María Rilke, tuvo una gran influencia así como Miguel Hernández y otros maestros de distintas tendencias. José Vasconcelos, Víctor Raúl Haya de la Torre, José Carlos Mariátegui, quien especialmente influyó en mí por su calidad de crítico y, esencialmente por sus *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana*.



Sin embargo, el poeta que me marcó definitivamente a mí, a mi grupo y a toda una generación, fue César Vallejo. El empezó a tratar con familiaridad las imágenes de la muerte y la tristeza aborigen y mestiza. Ramón López Velarde, desde México, también nos habló con maestría de estas nostalgias. Ensayos, poemas, libros y tratados nos llegaban a través de la Biblioteca de la Universidad Bolivariana, que se organizaba, en ese momento, con gran ímpetu y era manejada fervorosamente por nosotros como estudiantes.

MCL: Bueno Maestro: como usted dice, ésta es la parte bella de la vida que contribuyó en la formación de su generación. ¿A qué se refiere cuando habla de lo cruento?

RAB: Sí; vida y muerte siempre convergen. Diferentes acontecimientos del mundo que nos tocó vivir, nos marcaron con fuerza. En primer lugar, la Revolución Mexicana y su impacto en otras sociedades y culturas, especialmente en las latinoamericanas. En segundo lugar, la Revolución Rusa, la cual provocó hondas huellas y, en gran medida, determinó el curso que políticamente algunos de nosotros seguiríamos. En tercer lugar, la Primera Guerra Mundial; en los estertores de este terrible episodio —entre el 18 y el 28— nacimos los integrantes de mi generación. En cuarto lugar, la Guerra Civil Española, porque en el apogeo de la dictadura franquista nos integramos plenamente a la vida. Ello también contribuyó a marcar diferencias ideológicas.

En quinto lugar, la Segunda Guerra Mundial, desatada cuando ya todos estábamos dirimiendo nuestros caminos.

MCL: Pensando en el grupo de intelectuales al cual usted alude, quiénes lo conformaban en Antioquia?

RAB: Intentemos enumerarlos con el riesgo de que muchos se me queden por fuera. Era un conjunto bien heterogéneo, desde el punto de vista ideológico. Había conservadores clásicos como Belisario Betancur; extrema derecha como Jorge Montoya Toro, Juan Roca Lemos (Rubayata), Alberto Acosta; liberales clásicos como Otto Morales Benítez, Hernán Merino, Saúl Aguirre, Carlos Castro Saavedra, quien después viró a la izquierda; e incluidos en ésta, Eddy Torres, Octavio Gamboa, Benjamín Jaramillo Zuleta, Monseñor Gerardo Valencia y yo.

MCL: Mirando la historia, incluida la presente, en forma palpable encontramos el resultado de las diferencias ideológicas y políticas. ¿Cómo fue posible que un grupo ciertamente tan heterogéneo pudiera cohesionarse? ¿Qué era lo que realmente los unía?

RAB: Discutíamos y peleábamos duro. Pero algo superior nos unía y yo lo sabía desde ese tiempo. Nos ataba, de una parte, la predestinación para la grandeza, latente en algunos de ellos. Fíjate que era cierto en muchos. Otto Morales Benítez, es presidenciable ¡y qué bien le haría a Colombia!

De otra parte, nos comprometía la lucha por la justicia. Era el ideal de todos, así los caminos fueran diferentes. Esta fuerza sublime, tenía como base la procedencia paupérrima de la mayoría. Veníamos de experiencias muy crueles en donde el hambre era la constante. Cuentan que Belisario Betancur salió del seminario por robarse un banano: esto te demuestra la crudeza de la situación. Otros tenían garantizada una subsistencia decente. Pero igualmente la justicia humana y sobre todo la social, eran sus preocupaciones. En realidad, el problema de las múltiples carencias, subyace a cualquier revolución. Veíamos, además, que la pobreza era un fenómeno universal, presente hasta en la obra de Van Gogh.



AUTORRETRATO. 1942 Dibujo a lápiz.
Colección del poeta Luis Vidales. Bogotá

La lucha por la justicia nos hermanó. Y colateral a ella, la duda por la democracia. Por supuesto, surgían diferentes posturas frente a tan polémico problema. Para unos, era posible, aun dentro de su imperfección; para otros, era impracticable sin justicia social; algunos pocos se acercaban a la concepción de las élites en el poder: los elegidos, los superiores. . . En fin, la justicia como problema de desigualdades sociales y económicas o como problema de posibilidades, conducía a diferentes apreciaciones. . . Pero no logró dividirnos. . . Paradójicamente, dividió al país, pero a nosotros no.

MCL: Y hoy, qué piensa Rodrigo Arenas Betancourt sobre la justicia y la democracia, y aterricemos en el problema de Colombia.

RAB: Indudablemente, la vida me ha llevado a cambiar o a variar mis posiciones. Por supuesto que el origen de todo radica en la injusticia social. Como hablabamos anoche, un indígena o un minero del Chocó, no pueden ejercer el voto con la misma lucidez y, sobre todo, con la misma libertad, de Jaime Sanín Echeverri. Ello alude a la imposibilidad de la democracia en su más estricta acepción. Pero aún así y con todas las imperfecciones, fruto de la situación del país, es mejor que otra cosa y pensemos en la experiencia de los países socialistas.

MCL: Retomando algunos elementos de esa larga conversación de ayer sobre la situación del país, ¿cómo analiza usted la realidad actual de nuestros partidos políticos?

RAB: Considero que los partidos tradicionales en nuestro país, son objeto y sujeto de problemas crónicos y anacrónicos. Y eso es malo. Se rigen por odios y antagonismos tribales porque aún no han logrado modernizarse. En Colombia, impera un cierto sentido primitivo, que ha impedido nuevas orientaciones, nuevas concepciones y nuevas propuestas partidistas, que, realmente, contesten a nuestras necesidades sociales, económicas y políticas, garantía de un nuevo ejercicio de la democracia. De aquí la responsabilidad que cabe a los partidos frente a la situación violenta y agresiva, que, desde hace ya muchos lustros, vive Colombia. No existen verdaderas diferencias. No hay una identidad doctrinaria en el seno de cada partido. De allí la importancia de una adecuada dirigencia que acierte en la identificación de los problemas, logrando sacarlos del marco oriente-occidente para inscribirlos en la tesis que retomara Belisario Betancur sobre las diferencias Norte-Sur.

MCL: Sé que volveremos sobre estos temas, pero retornemos al comienzo de nuestra charla. Usted considera, como lo afirma el doctor Otto Morales Benítez, que su generación es hija de la violencia?

RAB: Sin lugar a dudas y ya te describí el marco “internacional” en el cual nacimos. Qué no decir sobre la violencia atávica de la historia colombiana, recrudescida con ímpetu desde la década del 40. Sí. Somos hijos de la violencia, pero también lo somos de la poesía. Somos hijos de Neruda y esto es lo que nos salva. Nos rescata y permite encontrar la belleza intrínseca a las pequeñas y a las grandes cosas, impidiendo que la muerte total se adueñe de nuestras vidas. . .

MCL: Maestro, por qué no nos habla de ese famoso “Grupo de los Seis”, en el cual, a mi juicio, se comprende la dimensión entrañable de la amistad, de la solidaridad, como cualidades humanas que, en detrimento de todos, hoy se extinguen ante la mirada impasible de un mundo desgarrado.

RAB: Ciertamente, he tenido la fortuna de conocer a fondo, como tu dices, la dimensión entrañable de la amistad. Mi trasegar por la vida, mi eterna errancia y el sentimiento de abandono que ella acarrea, quizás acrecentaban la necesidad de los amigos, con la suerte de que, generalmente, para bien o para mal, los encontraba. Recuerdo que en el año 39, como estudiante de la Escuela de Bellas Artes de la Universidad Nacional en Bogotá, hicimos un grupo de pintores con Alipio Jaramillo, Fernán Falcón, Carlos Moreno y Pedro Peñalosa. Nos reuníamos en torno a la pobreza, mal disimulada con la bohemia y el estudio. Eran amistades rudas, casi que asociaciones para delinquir. En este me apoyé. No obstante, Bogotá me derrotó con su frío, con su soledad. Regresé a Medellín, sin el diploma de maestro: Luis Vidales me “rajó” en historia y con su 2.9, volví a la vida de provincia, sana e ilusa y aún apegada a valores tradicionales, ya en crisis en el resto del mundo. Aquí me encontré con los amigos que trabajaban en “Generación”, suplemento literario de “El Colombiano”, y en derredor de él nació “El Grupo de los Seis”. Lo integramos Miguel Arbeláez Sarmiento —mi noble mecenas de los primeros años en México—; Otto Morales Benítez a quien amo como a un hermano y a quien admiro, entre otras razones, por su afán insaciable de definir para Colombia el significado del pueblo. Por todos los medios, él ha buscado que el país y la dirigencia, al servicio de la aris-

toocracia, la plata y la hegemonía, entiendan que el pueblo existe; Belisario Betancur, en quien también he creído siempre y es la razón de mi apoyo irrestricto en sus campañas electorales. Gran presidente, a pesar de todas las dificultades que debió enfrentar. La historia se encargará de demostrarlo. Además, Hernán Merino, Alberto Durán Laserna y yo. Después, nunca fuimos seis: menos o más pero ese nombre tomó el grupo.

Compartíamos angustias, tristezas, dolores. Ellos creyeron en mí. Patrocinaron el viaje a México, sin boleto de regreso, de un joven de 24 años lleno de sueños e ilusiones. Ansioso de ese país, por lo que conocía de su revolución, de su riqueza indígena y de la posición de vanguardia asumida en el arte.

MCL: Ellos fueron quienes se idearon el PRAB?

RAB: Sí. Esa sigla, utilizada como seudónimo de muchos escritos aparecidos en *Generación* y en "El Colombiano", significaba "Para Rodrigo Arenas Betancourt". El grupo escribía notas para el suplemento con este seudónimo y el periódico las liquidaba y abonaba a un fondo especial que se me remitía a México. Recuerdo lo que sentí, cuando, en medio de las más arduas dificultades, recibí un cheque de cien dólares. . .

La experiencia de este grupo, amalgamó nuestra amistad. A la vez, incentivó la tertulia y una hermosa bohemia que era casi rebeldía. En torno a *Generación* y a este grupo, estaban unidos los intelectuales de Antioquia en aquella época. A más de los ya mencionados, se encontraban Alberto Gil Sánchez, Edgar Poe Restrepo, Hernando Rivera Jaramillo, Esaú Becerra, Iván Piedrahita, Alberto Upegui Benítez. Con calor y pasión, discutíamos, discrepábamos y los poemas que uno y otro declamaban, prolongaban las tertulias a lo largo de muchas horas.

Los orígenes y "la cultura de la miseria"

MCL: En alguna oportunidad usted dijo que las tres grandes experiencias de su vida fueron el Seminario, Cristo y México. Diversos escritos suyos y otros realizados fragmentariamente sobre Rodrigo Arenas Betancourt y su obra, corroboran esta afirmación. Determinaron el curso de su existencia y de su creación, como lo hizo, es obvio, una infancia inscrita en "la cultura de la miseria". Considerando que el motivo de esta entrevista es reconstruir la historia

de uno de los más grandes exponentes de la plástica en nuestro continente, quisiera nos hablara del alcance de estas experiencias, partiendo del Cerro-Bravo que lo vio nacer?

RAB: Está bien. Empecemos por mi origen. Ví la luz en las laderas del Cerro-Bravo, enmarcado en las crestas de la cordillera andina. Nací en la vereda del Uvital, perteneciente al municipio de Fredonia, un pequeño pueblo de iglesia y de casas rojas. Permanecí rodeado de agrestes montañas, responsables de mi sed insaciable de nuevos horizontes, de mi creación y de mi errancia. Aquellos cerros que contemplaba en los atardeceres, desde el corredor de mi casa, aún logran impresionarme. El Uvital es una montaña cortada a machete, de caracteres violentos, como lo es nuestro amado y amargo país. Incrustado en la belleza turbadora de un paisaje que, en ocasiones, hace pensar en que la vida es hermosa. Pero vienen los contrastes de la realidad, en los cuales se esconden una miseria de horror y un atraso inimaginable. . .

El origen campesino, conlleva la carencia absoluta de todo lo que se pueda uno imaginar. Nací bajo un techo de paja y sobre tierra apisonada. Contábamos con unas esteras de guascas de plátano para cubrirnos o para acostarnos sobre ellas. Esto, lo podíamos elegir. La existencia no era fácil porque hasta la tierra nos negaba sus frutos. Aquella porción que se podía cultivar pertenecía a los pocos propietarios de la región, quienes, en parte, la destinaban al cultivo del café y, otra, al pastizal para sus ganados. El medio brindaba, además de un cielo intenso, frutos agrios, aves rapaces y animales montaraces. . . La vaca y el caballo, eran del vecino rico. Alrededor de la casa, la mata de plátano, base de nuestra alimentación. Y el palo de café, cuyo fruto vendíamos en el pueblo para comprar la sal y la panela. Cocinábamos en ollas de barro. La ropa de todos era en exceso precaria y duraba por los múltiples remiendos hechos por mi madre. La mujer campesina funcionaba en torno al remiendo. Era, en verdad un duelo a muerte entre cercados de alambre de púas, rodeados de bacinillas carcomidas convertidas en materas de plantas medicinales, único recurso ante la enfermedad. . .

Con los esfuerzos violentos de mi padre, nos fuimos a vivir al pueblo. El hambre continuó siendo la constante. El pueblo entero vivía sometido a los pocos dueños de todo. La vida allí se movía en torno a la religión, a la política, a la violencia, a la usura y al amor. Los buenos eran los ricos. Los que gozaban del privilegio de cargar el palio en las procesiones. Los pobres eramos los malos.



RETRATO DE LA MADRE ARTISTA. 1983
Bronce.

Por venganza o quizás por necesidad yo robaba comida en el mercado y perseguía en las noches a las muchachas del pueblo. El amor y la adolescencia me dieron duro. El pueblo me repudiaba y mi madre sufría. . .

Pero fíjate, fue una infancia amarga y feliz, cruel y hermosa. De verdad que me marcó. Montañas, cerros y toda esa exuberancia bella e inútil, determinaron mi espíritu para imitar las nubes, su ingravidez y su absoluta libertad. . .

MCL: Maestro, cuando habla de carencia absoluta, siente que también el afecto le fue negado? Entremos aquí a analizar ese fenómeno que usted denomina "la cultura de la miseria".

RAB: Pienso que en los primeros años, no. Con frecuencia, el consuelo era el reducto familiar sometido, eso sí, a su mínima expresión por el asedio del hambre. Los domingos salíamos a recorrer el cerro con mi madre y el contemplar la naturaleza, sentados unos junto a los otros, aliviaba los vacíos. Hablábamos de los muertos y aparecidos; ella nos contaba historias familiares, comentábamos sobre las dificultades de cada día y los tropiezos para conseguir el pan. . . Con ella aprendí las primeras letras. Nos amaba en su rudeza. Le gustaba enseñar a los campesinos analfabetos del lugar, que eran todos. Fue una mujer religiosa, pero no fanática; inflexible; con una capacidad para el trabajo casi masculina y dueña de una infinita disposición para el sufrimiento. De ella aprendí esta noción y es mi representación de la vida en lucha con la muerte. Con mi padre también hablábamos de lo poco que nos permitía el ambiente. De él aprendía cuando lo veía tallar, en madera de balso los muñecos que nos entregaba luego y con los cuales nos divertíamos.

MCL: Y su abuela, qué representó? Y pienso aquí en su "peregrinar" por la religión.

RAB: Mi abuela. . . No me quería. Pienso que me repudiaba. A los seis años me mandaron a vivir con ella para que pudiera ir a la escuela y, al poco tiempo, me devolvió. Fui a parar a la casa de una vecina. Desde los seis años, empieza la errancia de Rodrigo Arenas Betancourt. Siempre he sido un emigrante. La abuela fue una vieja ruda y mis primeras imágenes religiosas se van configurando en torno a ella. A diferencia de mi madre, su religiosidad iba hasta el fanatismo. Su casa estaba llena de imágenes religiosas,

mientras en nuestra casa no había ninguna. . . Hablaba de la muerte en todo momento y tenía una concepción peculiar del mundo, que siempre he querido dejar escrita. Insistentemente, les decía a sus hijas que en la noche no se miraran al espejo porque verían al diablo. . . Y aparejada a esa noción de diablo, estaba la noción de la muerte.

Contaba largas historias y lograba atemorizarnos; como la de la Llorona y su doliente imagen. . . Siempre lanzaba premoniciones de muerte: cuando el viento gemía entre los árboles o cuando asomaba una mariposa negra. . . o en la noche, donde sucede lo inimaginable: los espantos, los muertos que regresan, las almas en pena. En fin, toda esa serie de personajes que imprimían a la oscuridad un encanto especial para mí: noche-soledad-tinieblas. . .

La abuela ante todo gemía, e invocaba a Dios y a la muerte, aproximándose sin esperar la confesión. Rezaba a gritos y con los brazos en cruz. Sobre todo en los Viernes Santos. . .

MCL: ¿En qué sentido considera usted que estas primeras experiencias religiosas, se hicieron presentes en su vida? ¿Fueron positivas, negativas o cómo incidieron?

RAB: Digamos que en todos los aspectos. Positivas, porque figúrate que frente a toda esa desolación, resultaban un consuelo. Hablaban de la existencia de la comunidad, del pueblo hebreo. . . en fin. De otra parte, despertaban la imaginación y la fantasía con los carros de fuego volando, los ángeles con alas y con la misma imagen de Cristo, como el gran sacrificado; la representación del dolor y de la muerte. En los primeros conocimientos religiosos, se originó mi primera noción de la muerte. Aprendí que la vida existía en función de ella: ese es su futuro.

MCL: Y para usted, hoy, ¿cuál es el significado o el sentido de la religión?

RAB: Mira. Hoy ya he salido del sectarismo staliniano. Entiendo que la religión, es un instrumento para conducir a la gente. Y pienso que al 99% de los humanos, hay que dirigirlos. Si tu los sueltas, no van a ninguna parte. Eso es innegable. Con dificultad, el 1% se conduce por su propio raciocinio. Por esto, acepto hoy a la religión como un instrumento conductor.

MCL: Recordando nuestra charla de ayer, ¿es un instrumento de la cultura de la subordinación?

RAB: Puede ser, en la medida en que el hombre no puede manejarse solo y requiere de la subordinación a leyes o creencias preexistentes a él. Antes, en mi sectarismo, la reducía a opio del pueblo, en el sentido marxista. Hoy, sin estar muy alejado de esta apreciación, pienso con Freud que el hombre necesita de enajenantes para poder soportar la vida. No puedo verlo de otra manera; porque, es curioso: mi formación religiosa me enseñó, como lo dicen los padres de la iglesia, que la fé es un milagro y yo no tuve ese milagro. No tengo fé, ni nunca la tuve. Ni en el Seminario, ni en mi infancia. Ni el medio, ni el temor, ni la familia, ni la educación, me condujeron a ella. No me he ilusionado de Dios o de la religión y, por esto mismo, tampoco me he desilusionado de ellos.

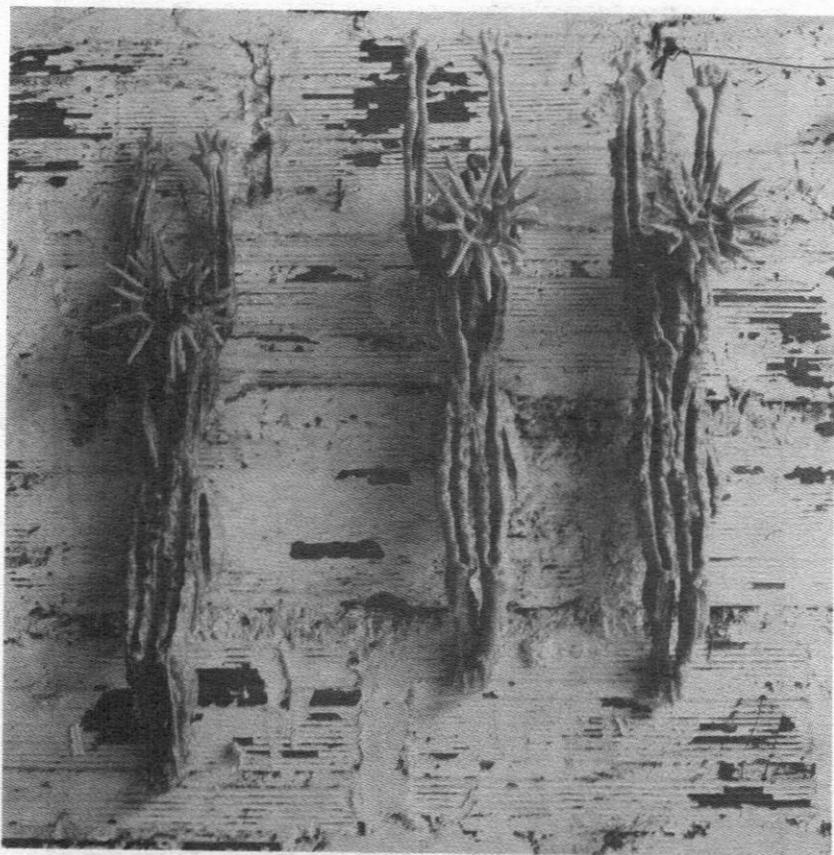
MCL: ¿La imagen de Cristo, por qué se afianza con esa fuerza en su obra? Considero —no sé si esté errada— que es mucho más que una temática en tanto ha trascendido las más diversas etapas de su creación: se encuentra en sus primeros trabajos y aún hoy están vivos sus Cristos-autorretratos.

RAB: Sí. Es mucho más que un tema. Se fue afianzando, en primer lugar, por lo que ya te comenté en relación a mi infancia. Luego, se fraguó con ímpetu en el seminario. O mejor, cuando salí de él. Digamos que allí en alguna forma, existía una imagen de Dios impuesta. No quedaba más que aceptarla. Los superiores siempre tenían la razón. Al desprenderme de este lugar, fui penetrando en la imagen de Cristo-Hombre y ella revertía en lo estético. Es la visión trágica del Cristo predominante en el arte romántico, en el gótico. Que después, primó en toda Europa y, más adelante, en América. No conozco imagen más violenta y trágica de él, que la mexicana. Es como si, en realidad, la humanidad se hubiera refugiado en Cristo y su herida para saciar su sadismo. Es la imagen que te permite expresar toda la violencia que llevas dentro. Quizás la única excepción está en el Renacimiento, que creó Cristos un poco helénicos, armónicos.

En México, como te decía, la versión trágica llega a su máxima expresión, en respuesta a la tristeza, a la violación y al mancillamiento indígenas. Esa visión me llegó muy hondo y de alguna manera va buscando sus salidas. Se va convirtiendo en vegetal, en tierra, en cactus y en espina. También se va derritiendo, y este sentimiento

se agudizó en mí, cuando fui a Jerusalén. Esa miseria en toda la región de Galilea: tribus nómadas, niños, mujeres y ancianos caminando por zonas desérticas plagadas de hambre. Fíjate, como hablábamos antes, que la pobreza y el hambre son un fenómeno universal.

Allí, en las calles de Jerusalén, se venden coronas que son cactus, bejucos llenos de espinas verdaderamente atroces, símbolos del dolor, la violencia, y la tragedia. ¡Y yo me atreví a traerme una de estas coronas!



CRISTOS.
Cera.

En la religión cristiana, muchas cosas han sido reformadas por los concilios, pero no la imagen básica del sacrificado. Muy probablemente, por todas estas razones, empecé a trabajar los Cristos desde niño y los esculpía con toda la humillación y laceración que cabía en ellos. Por esto, ningún cura de Fredonia quiso jamás bendecirlos. En el seminario, cada día nos entregaban una pequeña vela de sebo para estudiar en las noches lo que ella durara. Yo tallaba en ellas Cristos cruentos, para vengarme del encierro y la rigidez y observaba cómo se iban derritiendo al ser consumidos por el fuego. . .



CRISTOS VARIOS.
Bronce.

MCL: Bueno y pensando en estas reflexiones ¿por qué llegó usted al seminario y cuál es el significado de esta experiencia?.

RAB: Tú sabes que la cultura campesina hace soñar con el hijo religioso. Esto, sin lugar a dudas, incidió. Además, era la posibilidad de continuar mis estudios, cursar la secundaria. Para mi padre, especialmente, era una aspiración que se cristalizó con la beca ofrecida por el párroco de Fredonia. De otra parte, las imágenes de mi abuela, de las cuales te hablé y los grabados de Gustavo Doré ilustrando los textos de Historia Sagrada en la escuela, presionaron mi búsqueda de Dios.

Fue una experiencia difícil, cruel. Son de esos acontecimientos que, sin importancia aparente, desgarran el alma. Parientes y amigos, a quienes visitamos días antes del viaje, dieron "su limosna" y con ella logramos lo indispensable para el "ajuar" del Seminario. En mi memoria permanecen las escenas de esa primera gran partida. Otras pequeñas la habían precedido, como te conté, y muchas más, acompañan la vida de este emigrante. . .

A las tres de la mañana, partimos con mi padre, atravesando la turbida soledad de la montaña. No te imaginas lo que sentía cuando cada paso me alejaba de la pequeña choza perdida en la oscuridad. . . La imagen de mi madre rodeada de mis hermanos aferrados a su falda. . . Solo once años me acompañaban y el andar de mi padre, cargando la pequeña caja de madera —equipaje, en medio de un absoluto mutismo. Me dejó en el ferrocarril y ninguna palabra se cruzó entre nosotros. Viajé todo el día, en el silencio que provoca lo desconocido. Y por fin la llegada. . . Con sólo mirar el lugar, comprendí el carácter brutal e inhumano de esta institución. Todo, rotundamente todo, me decía que Dios debía ser diferente, que debía estar en otra parte: en la mirada de los niños, en el dolor de las madres, en la calle. El seminario no orientó mi angustia de Dios, a quien perseguí como pordiosero.

Ahora. ¿Cómo fueron esos dos años de vida y muerte permanente? Entre los seminaristas no existía comunicación, porque todos llegaban presionados por circunstancias y por el medio al cual pertenecíamos. La estructura disciplinaria, impuesta por generales y sargentos, tampoco la propiciaba. El temor, el miedo, nos encerraba en cada uno. Recuerdo que yo, físicamente, temblaba ante el Rector. El Seminario de Misiones de Yarumal no formaba curas para hacer plata. Los formaba para misioneros en los reductos de

caníbales africanos. Si se almorzaba, no se comía, sencillamente porque no había. . . Y el alimento, hasta para quienes habíamos carecido de él por mucho tiempo, resultaba aborrecible. En las madrugadas, nos enfrentaban a un chorro de agua a muchos grados bajo cero. . .

Diariamente, nos pintaban el infierno. Jamás el cielo. Este lugar definitivamente no existía. Aprendí pocas cosas: algo de latín y griego. . . Ni siquiera aprendí a orar. Añoraba mi casa, los animales, las cometas que mi padre nos hacía. Añoraba la vida y por eso regresé a Fredonia con la desilusión de mis padres y de todos los parientes de la vereda.

El lugar especial de los maestros

MCL: Rodrigo Arenas Betancourt reconoce la presencia y la influencia de verdaderos maestros en su obra y en su vida?

RAB: Por supuesto. No somos ajenos a lo que es el arte. Estamos inscritos en esa larga sucesión de influencias que se entrelazan, se trasladan y se reciben desde tiempos inmemoriales. ¿Qué otra cosa, sino eso, es el arte? He tenido muchos maestros a lo largo de mi vida. No solo me refiero a aquellos de quienes formalmente recibí conocimientos. Hablo de mis viajes, de los museos y de las grandes obras de arte que he podido contemplar maravillado. Pero contestando tu pregunta, mi gran maestro lo encuentro en la vida, con lo cruel y lo bello que la convierten en realidad. De mi madre y de la escuela de Fredonia aprendí las primeras letras. Al regresar del seminario, debía caminar más de 10 kilómetros para asistir al colegio, en el cual, algo me enseñaron.

Pensando en la formación artística, debo necesariamente remontarme a mi padre. Daba rienda suelta a su imaginación, tallando pequeñas cabezas de perros, caballos y otros animales. Yo lo contemplaba extasiado. Tenía un sentido artístico muy especial, natural, gratuito y, ahora, lo corroboro cuando veo sus hermosos dibujos de caballos. . . Yo diría que en mí sí hay algo de herencia, pero es más vivo el ambiente rural que me parió. . .

Don Miguel Yepes fue mi segundo gran maestro. Nos dictaba historia y yo me dedicaba a pintar imágenes de Bolívar que él colocaba en las paredes del salón. El estimuló mi inclinación al dibujo;

despertó la fantasía y, también, la avidez por la literatura, a través de las lecturas a las que nadie faltaba los sábados en la tarde. De él tengo hermosos recuerdos. . .

En 1937, conocí a un primo segundo de mi madre, a quien siempre llamé "tío". Ramón Elías Betancourt, vivió mucho tiempo en Europa, trabajando al lado de Victorio Macho y Gaudí. Regresó por la situación de guerra civil en España. Era un conocedor de la filosofía hindú, fakir y espiritista. ¡Su reino no era de este mundo! Fue mi primer contacto real con los problemas del arte. Mi vida y mi obra, están influenciadas por él y toda la tendencia del arte español que impregnaba su trabajo. Siguiéndolo a él, emigré a Medellín y estuve un año, a su lado, en medio de múltiples dificultades y con la pobreza como eterna compañera.

Mi errancia continuó hacia Bogotá, en donde me encontré con el maestro José Domingo Rodríguez, con quien el país está aun en deuda. Era la antítesis de Ramón Elías Betancourt. Maestro por excelencia; apegado a la materia, a la forma y al orden: primero el pensamiento, después la acción. El dibujo, el modelado, la talla. Todo dentro de un proceso racional.

Regresé a Medellín y conocí a uno de los más grandes de la cultura antioqueña: el Maestro Pedro Nel Gómez. Me encontraba como un peregrino, como un caminante y él me llevó a vivir a su casa. Fui



QUETZALCOATL O DE LOS PADRES DE LA MEDICINA. 1957
Yeso.

su discípulo y, más tarde, su amigo. Admiré su maestría en la acuarela y el óleo; lo vi realizar sus murales y tuve la fortuna de colaborar en algunos de sus trabajos. Aprendí a fondo sobre el trabajo y la historia del arte. Después vino mi gran experiencia en México, sobre la cual seguramente hablaremos largo. . . Allí las influencias fueron más del movimiento artístico que de cualquiera en particular y, por supuesto, de todo el ambiente mítico-religioso de esa maravillosa cultura.

MCL: Maestro, ¿qué fue lo que sucedió cuando, en una exposición en la cual participaba Pedro Nel Gómez, le retiraron a usted su Eva, un desnudo de gran tamaño?

RAB: Esta fue una historia cómica. Estaba viviendo en casa del Maestro Pedro Nel Gómez y seguramente me encontraba bajo su influencia emocional y artística. El había hecho una Eva y, sobre esa inspiración, elaboré una escultura. Fue todo un lío desde el comienzo. El lugar donde la construí, era pequeño. Por el tamaño de la escultura, al sacarla, empezaron los compliques. Cuando el Maestro la vió en la exposición se molestó y, a alguien, le insinuó que debía retirarse. Como cuando uno está joven es intolerante, terco y sectario, me disgusté. Con unos amigos, Benjamín Jaramillo Zuleta, Manuel Mejía Vallejo y otros, la sacamos en plena exposición y empezamos a peregrinar con ella por todo el barrio Guayaquil. Cuando me fui para México, quedó en manos de Arturo Puerta, un publicista antioqueño, quien creo, la mantuvo por todas las oficinas en donde trabajó, hasta que un día, por sus dimensiones, se vió obligado a destruirla. Después, me he dado cuenta que, allí, en esa "Eva desnuda", estaba en parte el germen de mi visión histórica del mundo. En el fondo, era muy distinta a la de Pedro Nel. Sólo me había inspirado en la suya, pero no he debido retirar la obra por la fuerza. . . Ahora lo entiendo, pero han tenido que pasar cincuenta años. . .

La errancia de un peregrino

MCL: Luego viene la época de su encuentro con los amigos de Generación, de la cual ya hablamos. Según sus propias palabras, los primeros años del cuarenta fueron un período de hermosa bohemia y de invaluable riqueza intelectual. Del Uvital a Fredonia, de aquí al seminario, luego el retorno, Medellín, Bogotá, Medellín. . . ¿Por qué decide emigrar de nuevo? Tenía usted realmente alma de nómada o era el imperativo de que todo aspirante a "gran maestro" debía ponerse en contacto con otros mundos? Por esa misma época muchos de los más destacados exponentes de la plástica actual, marcharon a diferentes lugares del planeta.

RAB: Mira: en relación a este punto son diversos los aspectos que debemos contemplar. Como comprenderás, en lo que hemos hablado, inicié el éxodo por la misma razón que lo han iniciado y lo continuarán haciendo muchos campesinos de nuestro pueblo: es el remedio a múltiples males, a la miseria, a la carencia. Aquí radica la causa de la heroica fuerza migratoria del campesino colombiano. Y del antioqueño, en particular. Recuerdo esas continuas caravanas de familias que, con escasos bienes y numerosos hijos, partían hacia el Valle del Cauca y hacia mil rincones, conquistando las montañas a machete limpio, colonizando la tierra y defendiéndola con la furia de quien ha depositado su sangre en ella. Este es el origen de la colonización antioqueña. Por esto desgarró el alma, presenciar esa violencia horrorosa que arranca la pequeña parcela, vida y razón de nuestro campesino.

Para el miserable, el mismo hecho de nacer significa destierro. Se convierte en estigma. Nos marca a tal punto, que permanentemente, estamos huyendo hasta de nosotros mismos. Migramos huyendo y buscando. En Fredonia, añoraba el mundo. Y en el mundo, soñaba con mi pueblo. La nostalgia se hace parte integral de mi vida. Me encierra en el círculo de partir y retornar.

Siempre he vivido la angustia del desterrado, el horror del extranjero. El abandono cósmico y la depiada soledad. . . aceptar la condición de errante, implica una inmensa cuota de rebeldía, en cuanto es el resultado del no sometimiento a la ley intensa de nuestra patria. . . Ser extranjero, imprime carácter. He sido antioqueño, colombiano, extranjero, con la carga negativa de serlo. . . conlleva una forma de vida y una concepción del mundo. A brazo partido, he luchado por superar las barreras de esta situación: en casas extrañas, en humildes residencias y vecindarios, en lujosos hoteles.

Sí. Concretando mis planteamientos, soporté largos días de ausencia y de destierro: unos bellos, otros amargos. La añoranza permanente del lugar donde no estaba, corrobora mi tesis de que el antioqueño ama el tango porque tiene mucho del desarraigo del argentino. . . Sin lugar a dudas, en el fondo somos nómadas. . .

De otra parte, en ese momento, vivir en Colombia era sumamente difícil por lo económico, por lo político, por el ambiente social. Vivir del arte era imposible. La única alternativa, era el morir de física hambre. Finalmente, en mí latía la semilla de la revolución, del cambio, inherente a mi juventud. Esto, acentuado por las lu-

chas y los distintos caminos que, unos y otros países, dirimían en aquellos años. México se convirtió en obsesión por su revolución, por su movimiento indigenista y por la postura de vanguardia asumida por el arte. Aquí mis raíces triétnicas hablaban y, desde entonces, soñé por hacer realidad el mestizaje. . .

MCL: Siento que estamos entrando a un tema crucial en la vida y en la obra de Rodrigo Arenas Betancourt. Antes de continuar, acláreme una inquietud. Por la manera como habla, por la fuerza y convicción que imprime a cada palabra cuando se refiere al antioqueño, creo que usted establece rotundas diferencias entre la sangre "paisa" y la del resto de los mortales. ¿Me equivoco?

RAB: En lo más mínimo. Establezco diferencias en este sentido: mirando la historia y la realidad encontramos que, en Colombia, el más violento espiritualmente, el más inconforme con su circunstancia, es el antioqueño. Ancestralmente, en él hay desacomodo e insatisfacción frente a lo que le rodea. En otras regiones, Boyacá por ejemplo, el hombre se conforma a su medio, se somete a sus rigores. . . Nosotros no. Transformamos, moldeamos y creamos...

¿La explicación? Diría que aquella vieja teoría de que un núcleo muy fuerte de pobladores antioqueños, tiene algún ancestro judío o sefardita. No me atrevería a decir que sea cierto, desde el punto de vista biológico. Pero creo que lo es, desde el punto de vista psíquico: algo de la insatisfacción, del desacomodo y desarraigo de grandes núcleos judíos en el mundo, está en el antioqueño. Es la remota aspiración de transformar el mundo. . .

Lo real maravilloso de la cultura mexicana

MCL: Continuando su errancia, llega a esa tercera y definitiva experiencia de su vida: México. Maestro, usted vivió allí durante veinte años y logró un lugar tan destacado en la plástica de este país que algunas antologías lo reconocen como artista mexicano. ¿Cuáles fueron los móviles inmediatos de ese nuevo desplazamiento?

RAB: Como te contaba, en el cuarenta y cuatro decidí emigrar a ese país. Sentía una atracción sublime por la imagen de la revolución mexicana y de los artistas que trabajaban sobre ese tema: Diego Rivera, Alfaro Siqueiros, Orozco, entre otros; importantes por su resonancia internacional y porque con fuerza planteaban un

polo diferente al de Europa. Llegué, cuando la revolución alcanzaba su ápice. La lucha por la tierra, por la justicia, por la igualdad, fueron sus banderas iniciales. Aparece el concepto del indio, el cual encierra un mundo prodigioso por diversas razones. En primer lugar, porque la población indígena mexicana es muy grande; en segundo lugar, porque las culturas prehispánicas eran vitalmente importantes: la Maya, la Azteca y muchas más. Ellas dejaron prolongaciones, que permitían ahondar en las raíces del arte.



CUAUHTEMOC. 1953 - 1954
Bronce y basalto.

Se había iniciado el estudio de la literatura y hasta de la poesía indígena y todo por convicción ideológica. Se creó un verdadero movimiento indigenista que contaba con su propio instituto. Era un ambiente arrollador y absolutamente nuevo para mí. Los desfiles del Primero de Mayo y del Dieciseis de Septiembre, poseían visos impresionantes. Participaba el pueblo en pleno. Cientos de miles de trabajadores con sus banderas y pancartas alusivas a la revolución.

Después de muchas luchas, sobre las cuales hablaremos luego, alcancé el reconocimiento de mi obra y tal acogida que, como tu decías, me consideraban, y aun hoy lo hacen, artista mexicano. Esto demuestra, sencillamente, que mi creación artística, es americana. Es la presencia de la raza.

México se me entregó, como una revelación dominada por el arte. Ya no era la posibilidad de hacer arte sino de vivir en medio de él: estaba en la muerte, en los juguetes, en la artesanía, en la arquitectura, en el amor y en las calles. Por todo esto, a pesar de mi infinita nostalgia, de mi angustia impreganda de dolor y de miseria, lograba sentirme feliz. Al final, en México he vivido lo mejor de mi vida. Allí encontré la fe en la creación. Afiancé mi inclinación para construir, la sensualidad para percibir la forma y la capacidad para transmitirle alguna espiritualidad. ¡Me hice escultor!

MCL: Entiendo sus ansias de juventud, sus convicciones ideológicas y artísticas, pero pensando en que el momento político de Colombia era muy diferente, ¿el impacto no fue demasiado violento? ¿Cómo logró adaptarse, si en usted cabe esa palabra, a ese nuevo ambiente y en medio de las dificultades económicas con las cuales partió?

RAB: A ver. Vamos por partes. Claro, los contrastes eran violentos. Pero la miseria de los pobres, era la misma. Mi errancia, la angustia del desterrado, la pobreza absoluta, me llevaron a convivir con quienes llegaban del campo a la crueldad de la ciudad, hacinados en los tugurios y en las vecindades, analfabetos, sin ninguna capacitación. Con ellos, llegué a conocer toda la miseria humana posible. Sin embargo, entre ellos me sentí bien. Preservaban mi condición de emigrante, a la cual tampoco quería renunciar.

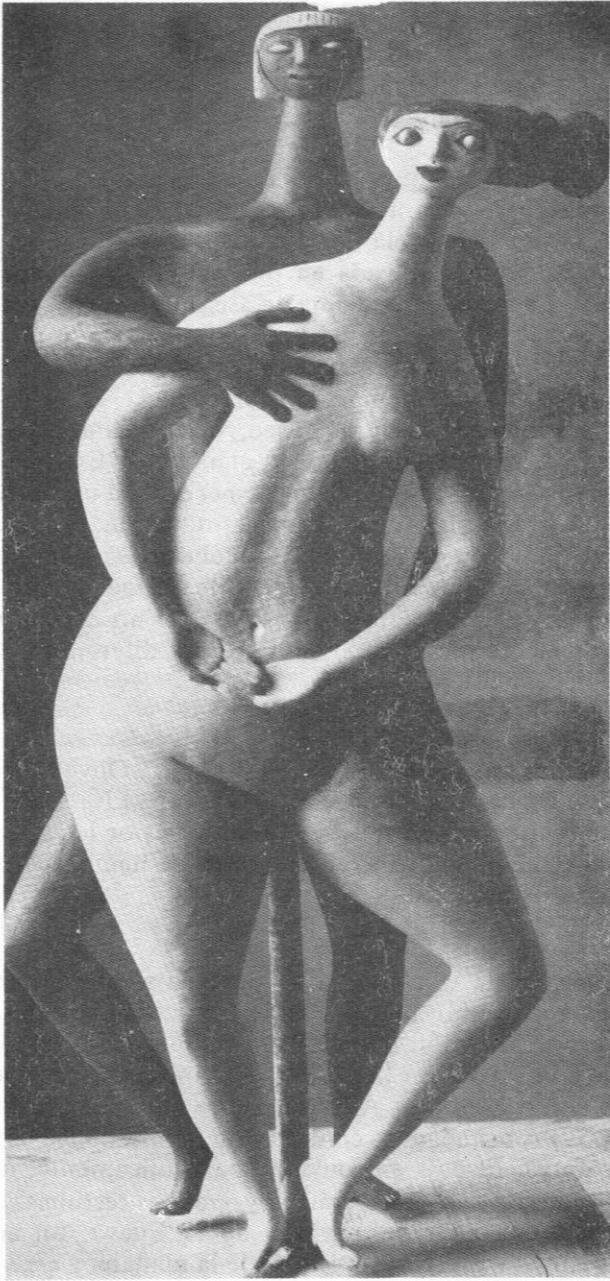
Me unía con extranjeros, algunos, artistas colombianos, y gozábamos del acervo del arte mural, del abrumador mundo del arte

prehispánico. Eran paliativos de esa soledad de horror y de esa añoranza permanentes. El extranjero pobre en México, es peor que un paria. Viví en muchos lugares; en un comienzo los dólares que me enviaban los amigos de *Generación* alcanzaban. Luego, la situación se complicaba.

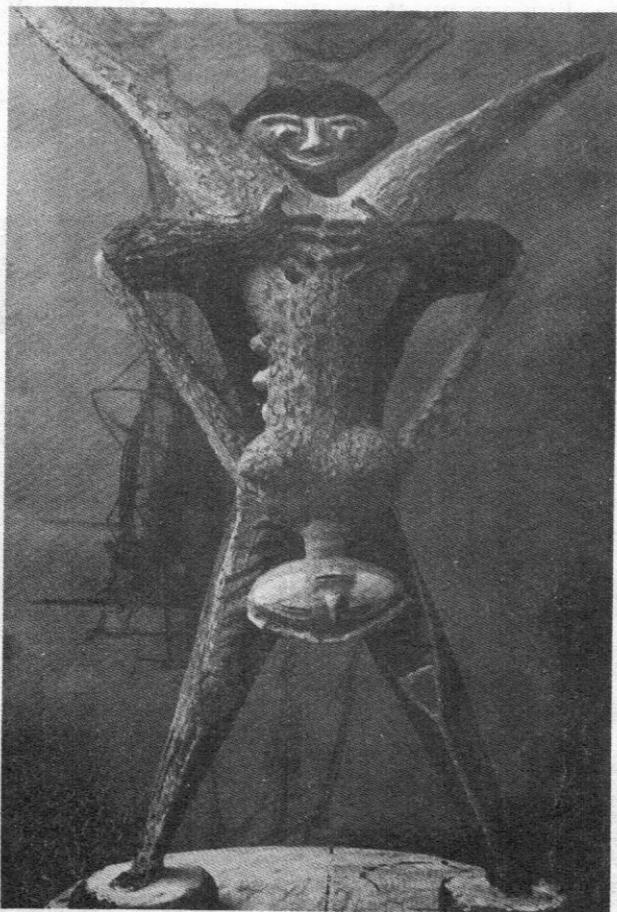
Por favor de Jorge Zalamea, Embajador de Colombia en México y mi profesor en la Escuela de Arte en Bogotá, fui a vivir en una residencia estudiantil, ubicada en un sector muy popular. Había muchos estudiantes de medicina y asistían a la misma facultad donde yo tomaba clases de anatomía. Empecé a vivir una hermosa bohemia, conociendo gente grandiosa como Pedro Rendón, quien fue candidato a la presidencia. Con frecuencia, en el camino a la Facultad, pasábamos por un coliseo, donde también la miseria hacía su aparición. Un día, sucedió algo atroz. Estaban unos boxeadores en la lona y alguien dijo que necesitaba un pochador. Un negrito subió y lo volvieron una migaja de carne; nos tocó literalmente recogerlo y cuidarlo durante muchos días. Cuando en algo se había recuperado, nos contó que era de Cartagena y que se prestó a la golpiza porque hacía cuatro días que no comía, y añadió: "déjate que me toque cuando coma y será diferente. . ." Como yo, estaba ilegalmente en México. . .

Viví un tiempo con el escritor Manuel Zapata Olivella, en el consultorio de un ginecólogo mexicano; con Jorge Elías Triana. . . En fin, fue una permanente errancia. Una lucha por la supervivencia. En ocasiones, me pregunto, cómo no morí de hambre y de soledad en esos primeros tiempos. . .

Años después, hacia el cuarenta y nueve, la situación comenzó a cambiar cuando vendí mis primeras terracotas. Empezaron los contactos y la realización de esculturas monumentales para destacados lugares del país. En la década del cincuenta, me reunía con emigrantes como el doctor Alfonso López Michelsen y Carlos Lleras Restrepo. Protestábamos contra la dictadura de Rojas y contra toda esa caterva. El país en ruinas y, paradójicamente, mis mejores años en México. Grandes amigos y grandes tertulias. El doctor López vivía en la casa de Enrique de la Cueva, un arquitecto amigo. Bebíamos whisky hasta la una de la mañana y regresábamos a las cinco, cuando el expresidente se preparaba para montar a caballo. Fue una bella época. . . .



AMANTES. 1949
Terracota policromada.



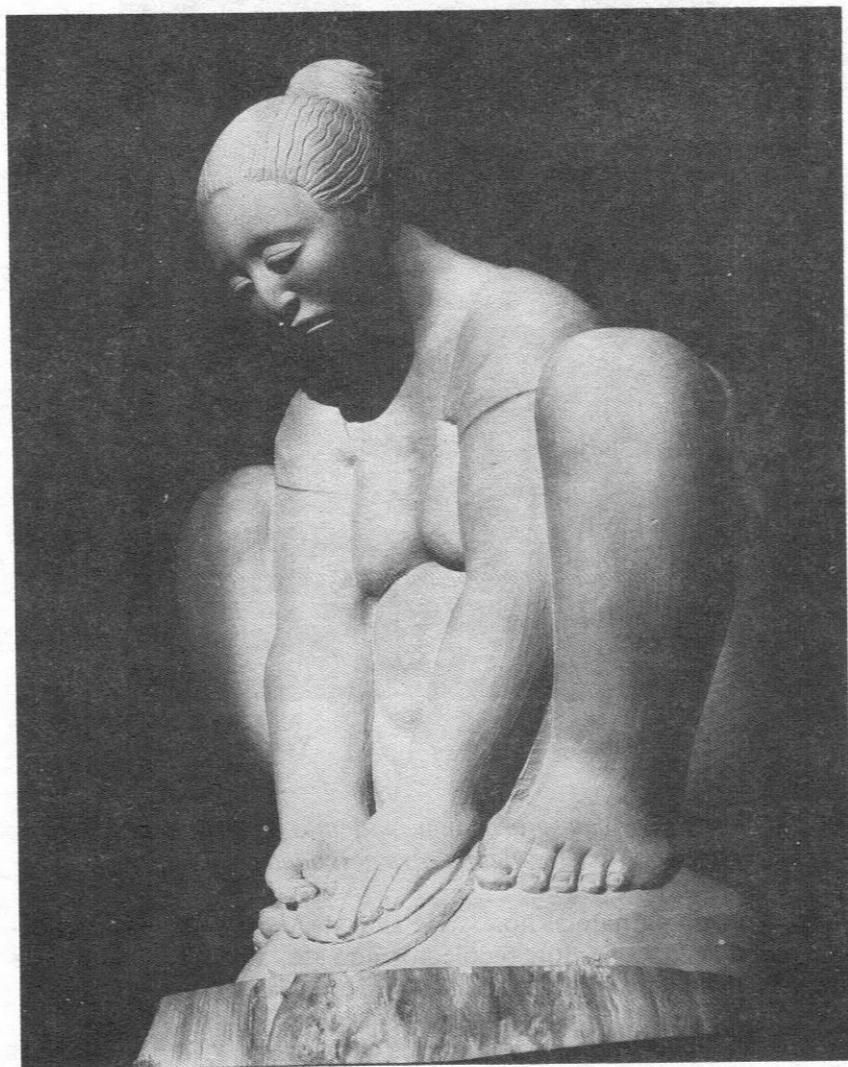
AMANTES. 1959
Yeso y polietileno.

MCL: Y antes del cuarenta y nueve, además de la bohemia y de su trabajo artístico, ¿existía alguna otra actividad?

RAB: Pero imagínate si no. . . He sido de todo en la vida: vendedor ambulante, pescador, recolector de café, albañil, ayudante de arriería, imaginero. . . En pocas palabras: un buen paisa.

En México, diversifique aún más mis actividades. A ver si recuerdo las más importantes. Trabajé con el escenógrafo Luis Moya, en los Estudios Azteca de Coyoacán; nos tocó como jefe, con el pintor mexicano Oscar Fria, quien, por poco, nos convierte en esclavos.

Igualmente dura fue mi experiencia al lado del escultor Romulo Rozo en Yucatán, elaborando el Monumento a la Patria. Lo positivo, fue el conocer el embrujo de la lengua maya, que es toda una poesía, plena de sensualidad. Escribí notas y reportajes para el "Diario del Suroeste" y realicé pequeñas esculturas para vender a los turistas gringos.



MUJER MAYA TORTEANDO. 1948
Terracota natural.

En 1945, viví una de mis mejores experiencias: me nombraron profesor de dibujo en una zona indígena de Yaxcaba, en plena selva yucateca. El director de la Misión Cultural Rural Número Cuatro, del cual dependía, me mandó a Yodzonot a las festividades del día de la Santa Cruz. Me enloquecí en ese lugar y perdí la noción del tiempo, de la responsabilidad, de todo. Me obnubilé admirando a las indias mayas amasando el pan, en cuclillas y cerca del fuego. Ellas me sirvieron de tema para diversas esculturas. Terminé destituido y obligado a abandonar el lugar. No había más alternativa que regresar al Distrito Federal, pero me sentía diferente: sentía que conocía a México. Ello aminoró mi complejo de extranjero.

Me convertí en secretario de Pedro Rendón, de quien te hablé, cuando era candidato a la Presidencia. Le ayudaba a hacer sus discursos y, alrededor de esa agitación, vivíamos la bohemia en el Café París con intelectuales de diversa procedencia. Este trabajo duró poco. Hice reportajes para la revista "América" y la revista "Nosotros" dirigida por Octavio Reyes Espíndola. Fui fotógrafo y periodista, pero retorné a la escultura. Hice la fachada del edificio de la fábrica de Chocolates La Cubana.

Me dediqué luego, en el estudio de Río de la Loza, a las esculturas en terracota, con el tema de las mujeres mayas. Las hacía con placer infinito, mientras vivía de la fotografía. Comenzó, después, la etapa de las esculturas monumentales. Realicé las maquetas para el Primer Hospital de Zona del Seguro Social, para el Prometeo de la Ciudad Universitaria, para el Bolívar de Pereira, el Córdoba de Rionegro, en fin. . . La vida cambió. Mi encuentro con el arquitecto Raúl Cacho-Alvarez, fue definitivo. El creía en la integración de todas las artes a la arquitectura y al urbanismo. En esta línea, trabajé durante mucho tiempo, comenzando por el Prometeo, del cual hablaremos luego.

Como te das cuenta, no hay actividad que Rodrigo Arenas no haya realizado. El último trabajo, extraño o insólito, no sabría calificarlo, fue el de diplomático ante el Quirinale en Roma, durante el gobierno del Presidente Guillermo León Valencia. Allí tuve oportunidad de conocer "los encantos" de la burocracia diplomática, en donde se teje todo un mundo de intrigas y misterios.